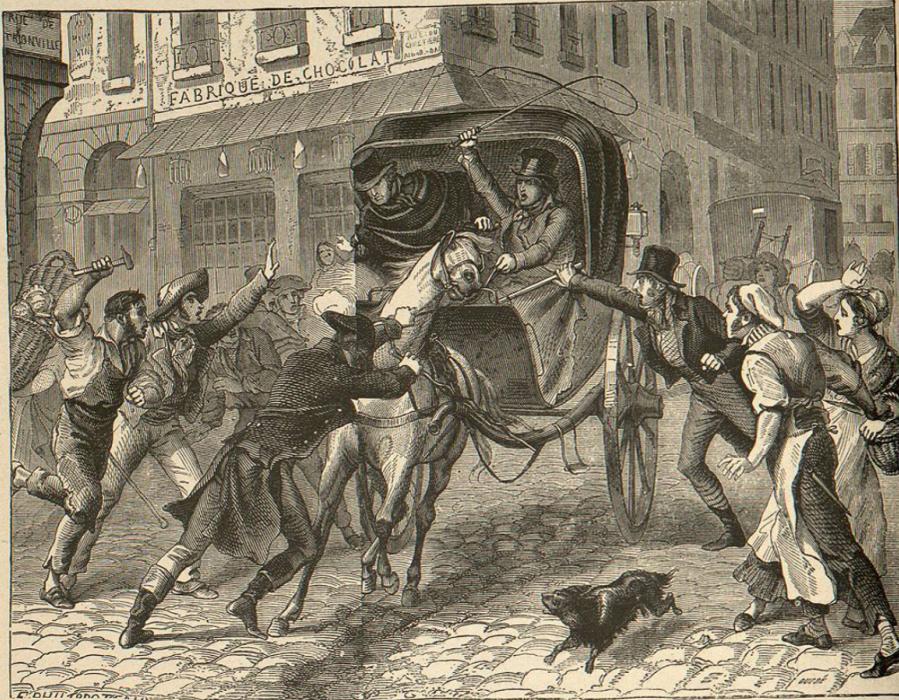


sazon no se cuidaba de auxiliarles ni de proporcionarles auxilio extranjero: no podían quejarse en manera alguna de Prusia. La Prusia no había hecho más que cumplir lo que el conde Haugwitz había dicho en 25 de mayo al mayor Decken: «A vuestros ojos no se ha presentado más que un punto de vista, á saber: el de que Prusia quiera arrebataros vuestro territorio y de que para evitar esto era preciso impedir en lo posible una ocupación prusiana. Pero no habeis pensado que nosotros hubiéramos podido defender vuestro país mientras que los franceses lo han ocupado. Los imperiales conservaron á Venecia, á pesar de no ocupar una sola de sus al-

deas. Partiendo de este principio, solo habeis trabajado para impedir nuestra ocupación, con lo cual únicamente habeis conseguido que os abandonemos á los franceses (1).»

Pero si los hannoverianos no podían echar en cara á la Prusia el que ésta no hubiese hecho el sacrificio que no obtuvieron de Londres y que el Hannover no había deseado, los prusianos por su parte no tenían motivo alguno para alegrarse, pues la ocupación de Hannover por la Francia significaba para ellos la imposibilidad de navegar y comerciar en las desembocaduras del Weser y del Elba, y esto era tan funesto para el comercio de Prusia y fué tan perjudicial para



Detención de Jorge Cadoudal en las calles de París.

su consideración y poderío la manera como se llevó á cabo, que nunca hubiera debido consentir, por interés propio, en tal invasión.

La parte de culpa que á Prusia correspondía en este asunto se puso de manifiesto en mayo de 1803, abiertamente en San Petersburgo y de un modo velado en Londres, cuando la notificación de que Prusia ocuparía el Hannover si Inglaterra no le aseguraba los principios fundamentales de la neutralidad marítima de 1780. En San Petersburgo se dijo esto como una amenaza; en cambio en Londres se dijo que como «precio» de aquella concesión se señalaba la protección de Hannover (2). La ocupación de este territorio era considerada no como en 1801, es decir, como medio de evitar un peligro pasajero, sino con la idea de una ulterior incorporación, para poner término á un estado de cosas que era un constante peligro para la paz del Norte de Alemania y de Prusia y una gran desdicha para el mismo Hannover. Por lo menos un interés bien entendido de ambas partes debía hacerse comprender así, siendo, como era, algo más que una

(1) Ompteda, pág. 121.

(2) Munster á Ompteda, 9 de mayo. Ompteda, pág. 81, nota.

simple amenaza. Pero lo cierto es que aquella manifestación no tuvo consecuencias y con la causa de Hannover se decidió de antemano la causa de Prusia.

Si las relaciones entre Prusia y el primer cónsul hubieran sido tales como se había soñado hasta entonces en Berlín, no habría podido Bonaparte asestar tal golpe al corazón de la primera potencia de la Alemania septentrional, sino que por amistad hubiera debido evitarlo ó, de considerarlo necesario contra Inglaterra, realizar su propósito de acuerdo con Prusia y teniendo en cuenta los intereses políticos y mercantiles de ésta.

No haciéndolo así, quedaba violado todo el sistema de neutralidad del Norte de Alemania que en 1796 había reconocido Francia y respetado desde entonces: Prusia debía haber comenzado, no por el interés de Inglaterra ó de Hannover, sino por el suyo propio, una lucha de vida ó muerte, cuyo feliz éxito hubiera llevado naturalmente consigo la completa incorporación del Hannover. No habiendo sucedido ni lo uno ni lo otro, demostrábase claramente que Prusia no era la gran potencia de la Alemania del Norte, como pretendía serlo: por tal no la tenía Napoleón, pues de lo contrario no hubiera procedido tan mal; ni como tal la consideraba su

propio rey, pues de otro modo no se hubiera conducido como se condujo.

Cuando los franceses prosiguieron en Hannover sus conquistas sin consideración alguna y ocuparon á Lauenburgo, Ritzebuttel y Cuxhafen, poniendo con ello en el continente un primer obstáculo al comercio inglés, la navegación por el Elba sufrió tan rudo golpe que el Norte de Alemania lo consideró como una horrible desgracia, y Silesia y su comercio de tejidos se sintieron heridos por él de muerte. Federico Guillermo III envió en 7 de julio, por conducto de su consejero de gabinete Lombard, una carta al primer cónsul en la cual desahogaba su afligido corazón respecto de estas agresiones, diciendo que probablemente deberían atribuirse á un general que se había excedido en el cumplimiento de las órdenes recibidas. Este sistema, añadía, acabará por destruir la confianza que la política de la poderosa Francia inspira, cuando el primer cónsul debe considerar como interés vital que ésta se conserve incólume. «Si en la contestación que ha de traerme Lombard se me asegura que, después de la ocupación del principado electoral, vuestro espíritu de justicia contendrá las ulteriores consecuencias de esta desdichada guerra del Norte; que el débil no tendrá que lamentarse de sus debilidades, que el fuerte podrá gozar de su seguridad y que rechazareis todas aquellas medidas que pueden obligar á la potencia marítima británica á amenazar la libertad de los ríos y á destruir la seguridad del comercio, entonces creeré haber cumplido con mi deber como por vuestra parte cumplido con la amistad. Vuestra palabra valdrá para mí entonces tanto como para otros pueda valer un tratado en regla (1).»

Lombard fué recibido por Napoleón en Bruselas en 23 de julio de 1803, y las palabras complacientes que de él oyó el embajador le hicieron creer que el primer cónsul era «la verdad, la lealtad y la amistad» en persona; sin embargo, no obtuvo promesa alguna, ni respecto de Cuxhafen ni de las desembocaduras de los ríos. Respecto de este particular, tuvo que convenir en que «ni el lenguaje ni el tono» de Bonaparte le habían dado el menor motivo para esperar buen éxito. Esto no obstante, regresó á su país animado por la confianza «de que Napoleón no iría más allá de lo que el rey formalmente quisiera, y de que si éste se decidía, por creer que había alguna ofensa, á adoptar las convenientes medidas, éstas tendrían un resultado satisfactorio (2).»

A esta cándida confianza debía suceder un terrible despertar: pero aun cuando este desengaño se hubiera presentado antes, en nada hubieran variado la impotencia interior del Estado, debilitado por el peso de la cuestión polaca, ni su Hacienda, completamente esquilada, ni el enmohecimiento del engranaje de su ejército.

CAPITULO VI

NAPOLEON I EMPERADOR DE LOS FRANCESES Y REY DE ITALIA

En el período de su mayor gloria el primer cónsul, como legislador y regente, tenía á su alrededor entusiastas adoradores y admiradores sinceros: el emperador Napoleón no tuvo ni unos ni otros, pues en su corte solo vió serviles cortesanos y esclavos temblorosos. Debióse esta transformación no solo á la mayor categoría de la dignidad que le había sido conferida, sino también á una iniquidad, que había producido en el ánimo de los que le rodeaban el mismo efecto

(1) Hauser, tomo II, pág. 471.

(2) Hauser, tomo II, pág. 474.

que á un pacífico caminante causaría el pisar una víbora entre la yerba, porque aquella iniquidad le presentaba como un carácter desprovisto de toda cualidad noble, que por lo mismo no puede exigir de los demás seres sino aquella aparente sumisión que la impotencia se ve obligada á prestar á la fuerza. Como general en jefe del ejército de Italia había perdonado á los generales que estaban á sus órdenes el incendio, el saqueo y el robo, para convertirles por su mala fe en sus dependientes sumisos, y con toda intención les había hecho muchas veces delinquir, para que el temor de ser descubiertos y castigados les tuviera encadenados á su persona. Este era un proceder innoble, pero hay que convenir



El duque de Enghien.

en que tampoco él dejaba de estar manchado por delitos comunes: desde el infame asesinato del duque de Enghien, en nada se diferenciaba de los más vulgares asesinos.

A un soberano que tiene y puede tener la convicción de que de su existencia depende el bienestar de millones de individuos, se le puede perdonar la cólera de que se sienta poseído al verse continuamente amenazado por conjuraciones contra su vida tramadas por exaltados fanáticos y quizás acusado de promoverlas él mismo para hacerse indispensable á los ojos de la nación. La conjuración que llevó á París al irreconciliable Juan Jorge Cadoudal, á Pichegrú, á dos señores de Polignac y á otros realistas, residentes todos en Londres, había sido tramada tan formalmente como la que mas. Cuando, en 9 de marzo de 1804, Cadoudal fué preso é interrogado, confesó sin ambages ni rodeos que su intención había sido matar por su propia mano al primer cónsul y proclamar rey á Luis XVIII (3): si el golpe preparado había sufrido algún aplazamiento, debíase á que el príncipe con el cual habían contado los conjurados no se había presentado en su puesto. No le faltaban al primer cónsul armas para castigar á tales criminales con todo el rigor de la ley; pero su

(3) Véase el protocolo en Thiers, tomo IV, págs. 580-81.

creencia de que el príncipe á quien se esperaba en París era necesariamente el duque de Enghien, — tan imprevisor que habia trasladado su residencia á Ettenheim (Baden), donde se entregaba inocentemente á los placeres del amor y de la caza, — fué un grave error, y su determinacion de mandar fusilar á este desdichado príncipe, sin la menor prueba de complicidad y sin el simulacro siquiera de una formacion de causa, era la brutal explosion de sentimientos que demostraban que todo cuanto le daba la apariencia de hombre de corazon, de conciencia y de noble espíritu de justicia, se apoyaba en fundamentos completamente falsos.

El sangriento crimen de Vincennes, donde fué fusilado el duque de Enghien, se debió única y exclusivamente á Napoleon: ninguno de los que le rodeaban se lo aconsejó y los que pensaban rectamente le suplicaron con instancias que desistiera de aquel propósito, y una vez cometido aquel acto de barbarie todos se sintieron atemorizados, comprendiendo que sobre el hombre y sobre su sistema habia caído una maldicion de la cual ya nunca mas se verian libres, que mas ó menos tarde dejaria sentir sus efectos sobre él y con él perderia á cuantos no se le hubiesen separado oportunamente.

La idea de apoderarse de noche del jóven príncipe, que disfrutaba del derecho de hospitalidad del gran duque de Baden, fué vivamente combatida por el cónsul Cambaceres, hasta entonces incondicionalmente adicto (1), el cual hizo notar, la gravedad de apoderarse, procesar y fusilar á un príncipe de sangre real, aun siendo cogido infraganti en la misma Francia, y añadió que prenderle en territorio extranjero, amén de la violacion de territorio que esto implicaba, era cometer un acto que arrojaría sobre su autor el peso de la apariencia del mas odioso abuso del poder contra un hombre evidentemente inocente. Conjuró á Napoleon á que, por su propio honor y por el del gobierno, no se rebajara al nivel de la política violenta revolucionaria, de la cual habia sabido tan enérgicamente apartarse. Pero todas estas observaciones fueron inútiles: en 15 de marzo de 1804 penetró en Schlettstadt el coronel Orderer con 300 dragones, pasó el Rin por Rheinau, se apoderó de la villa de Ettenheim, hizo prisionero al duque de Enghien, que nada sospechaba de cuanto ocurría, y le condujo á Estrasburgo, mientras al propio tiempo el coronel Caulaincourt entregaba, en Carlsruhe, al gran duque Carlos Federico una carta del primer cónsul, en la cual éste le daba cuenta de lo ocurrido y justificaba su accion diciendo que el hecho de consentir que se agruparan los emigrados en su territorio habia obligado al gobierno francés á exterminarlos por su propia cuenta, y que la necesidad de obrar rápida y secretamente no habia permitido ponerse previamente de acuerdo con el gobierno de Baden. En Ettenheim no se encontraron papeles, ni tampoco al general Dumouriez, á quien se esperaba encontrar, gracias á un cambio de nombre con el marqués de Thumery.

No se pudo prender mas que al hijo del príncipe de Condé que habia combatido, como emigrado, contra la Francia, pero contra el cual no pesaba ni sombra de verosimilitud de que estuviere complicado en la conjuracion de Cadoudal. Así lo confesó el mismo Napoleon cuando en 18 de marzo le sacó de Estrasburgo y le hizo comparecer ante un consejo de guerra, acusándole, no de haber atentado contra la vida del primer cónsul, sino de haber intentado promover una guerra civil y de haber hecho armas contra la Francia. El mismo dia 18 de marzo regresó Napoleon á su retiro de Malmaison y allí firmó de su propio puño y letra la orden en virtud de la cual el coronel Savary debia dirigirse á Vin-

(1) Thiers, tomo IV, págs. 593-594.

cennes para celebrar el consejo de guerra y cuidar del cumplimiento de la sentencia.

Durante el viaje á Malmaison, la esposa de Bonaparte puso en conocimiento de la dama de palacio Mad. de Remusat (2) la gran novedad de la llegada del duque de Enghien y le dijo, para calmar su desesperacion: «He hecho cuanto he podido para arrancarle la promesa de que no se mataria al príncipe, pero temo que tenga tomada ya su resolucion. — ¡Cómo! ¿creéis que mandará darle muerte? — Lo temo.» Al oír estas palabras, Mad. de Remusat prorumpió en amargo llanto, pero luego se repuso y apeló á toda su energía para demostrar á la esposa del primer cónsul todo el horror para demostrar á la esposa del primer cónsul todo el horror de aquel proceder, la repulsion que este acto sanguinario atraeria sobre su autor y la mancha indeleble con que empañaria su nombre, y en sus memorias escribió las siguientes palabras: «Yo amaba y admiraba á Bonaparte, creíale llamado por un poder invencible á grandes destinos, y mi imaginacion se entusiasmaba pensando en él: de repente, rasgóse el velo que cubria mis ojos y en lo que entonces sentí ví fielmente retratada la impresion que este acontecimiento habia de producir.» A las repetidas instancias de su esposa, contestó Napoleon diciendo que las mujeres no debian mezclarse en política; que el acto que iba á ejecutar estaba exigido por su situacion; que los realistas le habian puesto mas de una vez enfrente de los revolucionarios y que este hecho le desligaba de todo el mundo; que el duque de Enghien habia tenido parte en la conjuracion de Cadoudal; que sembraba el descontento en Francia, que servia á la venganza de Inglaterra y que su fama militar podia ser algun dia peligrosa para el ejército; que una vez muerto él, los soldados franceses romperian por completo con los Borbones; que en política no era un crimen una muerte que habia de asegurar la tranquilidad; que se habia dado la orden y que era imposible volver atrás.

Habiéndole hecho observar Josefina que la odiosidad estaba especialmente en él, se valió para este asunto de Caulaincourt, cuya familia habia estado en relaciones con la casa de Condé, contestóle: «No lo sabia, pero ¿qué importa? Estando Caulaincourt comprometido, me servirá mejor, y el partido contrario le perdonará, porque es noble.» Por lo demás, Caulaincourt solo habia sido iniciado en una parte del plan, pues creía que el duque de Enghien únicamente seria encarcelado.

En la tarde del 20 de marzo, en observancia de las severas órdenes de Napoleon, fué precipitadamente condenado el duque de Enghien, y antes de que apuntara el dia yacía en una tumba del palacio de Vincennes, despues de haber sido fusilado. En la misma hora de aquella tarde el primer cónsul jugaba tranquilamente al ajedrez en el palacio de Malmaison y recitaba entre dientes versos de Racine sobre las delicias de la indulgencia y del perdon con tanta serenidad, que Mad. de Remusat creyó que habia desistido de aquel proyecto de muerte y que al dia siguiente daría el gran espectáculo de haberse sabido vencer á sí mismo. Al otro dia, sin embargo, se le presentó el coronel Savary, cuyo rostro y cuya actitud decian con mas elocuencia que las palabras lo que habia ocurrido. La esposa de Bonaparte entró en la estancia, dirigió á su camarista una mirada de tristeza y dijo á Savary: «¿De modo que se ha consumado? — Sí, señora, — fué la contestacion; — esta mañana ha muerto, con gran valor, preciso es confesarlo... Despues de su muerte, se ha dado á los gendarmes permiso para apoderarse de sus vestidos, de su reloj y de su dinero: ninguno ha querido tocar á nada. Dígame

(2) *Mémoires de madame de Remusat*, 1802-1808, p. p. Paul de Remusat. Paris, 1880, tomo I, pág. 313.

lo que se quiera, no se puede ver morir á esta gente como se ve morir á la demás, y siento que ha de costarme mucho trabajo recobrar de mi emocion.»

El prefecto palatino, Remusat, nos refiere la opinion que él pudo observar que reinaba en París, donde todos se habian indignado y donde solo se mostraban contentos los jacobinos, que decian: «Ahora nos pertenece.» Remusat añade: «El cónsul se ha lanzado por una senda en la cual, para borrar este recuerdo, se ha de ver á menudo obligado á abandonar lo útil para alucinarnos con lo extraordinario.» A Josefina le decia: «A vos os toca dar un importantísimo consejo al primer cónsul, y es que no puede perder un momento en tranquilizar la opinion que tan rápidos progresos hace en París. Por lo menos, debe demostrar que esto no es consecuencia de un carácter violento que ahora se desenvuelve, sino de un cálculo cuya exactitud no he de apreciar y que ha de hacerle muy prudente.» «Tiene razon,» dijo despues Bonaparte, y á este consejo ajustó su conducta, aunque sin resucitar la confianza, que, una vez muerta, no puede volver á nueva vida. Para tranquilizarse á sí mismo dijo algo que ha llegado hasta nosotros por conducto de Mad. de Remusat; una de estas manifestaciones fué: «Por lo menos verán de lo que somos capaces y en lo sucesivo nos dejarán en paz,» y otra: «He derramado sangre, pero debia hacerlo; quizás derramaré mucha mas, aunque sin cólera y simplemente porque la sangría es uno de los recursos de la medicina política. Yo soy el hombre del Estado, yo soy la Revolucion francesa, lo repito, y sabré mantenerla incólume.»

Claramente se vé que el motivo que le impulsaba era la idea de establecer por medio de un acto que matara las esperanzas, así de los realistas como de los jacobinos, una profunda distincion entre la nueva monarquía que proyectaba y la antigua de los Borbones. Ambos partidos habian creído realmente, en un principio, que su sistema terminaria con el establecimiento de la monarquía. La paz con Roma y con la Vendée y el indulto concedido á los emigrados, que regresaban á Francia en gran número, autorizaban tal creencia, y los jacobinos, que tanto habian sufrido por la máquina infernal de 24 de diciembre de 1800, creyeron, desde el 20 de marzo de 1804, que aun cuando el nuevo régimen fuera despótico nunca llegaria á ser instrumento puesto al servicio de los hombres del antiguo régimen, de los realistas y de los emigrados para tomar venganza de los regicidas. El asesinato del duque de Enghien, solo por ser éste de sangre real, era un hecho análogo al asesinato de Luis XVI cometido no mas que porque era rey: era un delito político premeditado y perfectamente calculado, y al creer Napoleon que por esta razon debia serle disculpado, confesaba tácitamente que su régimen era un régimen de partido como todos los demás que la Revolucion habia engendrado y devorado luego. Ciertamente que bajo el punto de vista militar era mas inteligente, y que bajo el aspecto político era mas hábil y circunspecto que cuantos habia tenido Francia hasta entonces; pero bajo el concepto moral no era ni mas elevado ni mas noble que el odiado directorio de los regicidas. La esperanza de que á la violencia y á la crueldad de infames tiranos sucederia por fin el imperio del derecho y de la bondad, aparecia de nuevo como un sueño, desde el momento en que el gobernante en quien se cifraba, á pesar de todos sus triunfos sin ejemplo, no se mostraba superior al temor hácia los hombres que contiene el germen de los crímenes políticos. Por lo mismo, el que estaba bien penetrado de este hecho podia sí obedecer y servir al emperador de los franceses, pero no creer que su obra durase ni pudiera durar. Caulaincourt habia sido pérfido é intencionadamente engañado en el asunto de Ettenheim, pues Napoleon gustaba de exponer de esta suerte á sus ser-

vidores, para tener garantida la única lealtad que de ellos podia pretender. Caulaincourt quedó altamente indignado cuando comprendió la farsa. «¿Tambien á mí me aborreceis? — dijo á Mad. Remusat cuando, en la mañana del 21 de marzo, ésta retrocedió al verle, — y no obstante soy únicamente desgraciado, pero esto en grado superlativo. En recompensa de mi adhesión, el primer cónsul me ha deshonrado: he sido vilmente engañado y soy por lo mismo hombre perdido.» Y al decir esto, lloraba como un niño. Napoleon consiguió consolarle y el duque de Vicenza siguió siendo fiel y adicto servidor del hombre que le habia mancillado, hasta el punto de que en 1813, al verse sorprendido, yendo á caballo con el emperador, por la caída de una bomba, púsose entre Napoleon y el proyectil para impedir que los cascos llegaran hasta él. Por la tarde, hablando en el cuartel general del heroísmo con que habia expuesto su vida para salvar á su soberano, dijo el duque de Vicenza: «Ciertamente, y sin embargo creeria que no hay Dios si este hombre muriera en el trono (1).» Iguales eran, como veremos, los sentimientos que animaban á todos cuantos servian al emperador, para engrandecerse por medio de sus favores, sin creer por esto en su buena estrella por haber perdido, desde 20 de marzo de 1804, la fe que antes habian tenido en él. Tomemos nota de la confesion de Mad. de Remusat: «Con el asesinato del duque de Enghien ha conseguido Bonaparte exponernos primero á nosotros, luego á la nobleza de Francia y por último á la nacion francesa y á toda la Europa. Ciertamente que todos están á él unidos, y esto es para él importantísimo, pero al mancillarnos ha perdido el derecho de exigir la adhesión que en la adversidad en vano reclamaria. ¿Cómo podria contar con un lazo que, preciso es confesarlo, ha sido atado á costa de los mas nobles impulsos del alma? ¡Ah! yo juzgo por lo que á mí me pasa. Desde este momento, he comenzado á avergonzarme ante mí misma de la cadena que sobre mí ha pasado, y este secreto sentimiento que de cuando en cuando sofoqué con mas ó menos éxito, ha acabado por anidar en el corazon de todo el mundo (2).»

Un gobernante que no debe su poder á un derecho tradicional debe hacer todos los esfuerzos imaginables para convertir su posesion en propiedad, su estado de hecho en un estado de derecho. Para conseguirlo habia tenido Napoleon, desde un principio, á su lado los intereses de la nacion que coincidían con los suyos propios, y esto le hizo confiar en que podria dar fácilmente el golpe del desengaño que preparaba así á los realistas como á los revolucionarios, que tantas esperanzas habian cifrado en él en un principio (3). El primer cónsul habia usado, desde el primer momento, del mas hermoso de todos los derechos de un rey, el derecho de indulto, como un monarca que estuviera seguro del dia siguiente y que no conociera el temor de aparecer débil, temor que distingue á un gobierno débil de uno fuerte, al aventurero del monarca. Esta seguridad, esta confianza en el éxito las habia perdido Bonaparte á consecuencia de los atentados que con-

(1) *Mém. de M. de Remusat*, tomo I, pág. 329.

(2) *Mém. de M. de Remusat*, tomo I, pág. 345.

(3) De las notables manifestaciones que Napoleon hizo, en noviembre de 1803, á Mad. de Remusat, véase la siguiente como muestra: «El directorio temblaba por mi regreso: me observé mucho y puedo decir que aquella es una de las épocas de mi vida en que mas hábil me he mostrado. Veía al abate Sieyes y le prometia la realizacion de su verbosa Constitucion: recibia á los jefes de los jacobinos y á los agentes de los Borbones: á nadie negaba mis consejos, pero solo los daba en interés de mis propios planes. Escondíame á los ojos del pueblo, porque sabia que cuando llegase el momento oportuno la curiosidad de verme habia que se precipitara á mi paso. Todos quedaron prisioneros en mis lazos y cuando llegué á ser jefe del Estado, no existía en Francia un partido que no cifrara alguna esperanza en mi éxito.» *Mém.*, tomo I, pág. 275.